

Carteles

Llevan cinco minutos de caminata cuando surge una de esas discusiones que a ellos los apasiona en la misma medida que a otros, eventuales asistentes, los aburre (o agobia, que no es lo mismo). Tiene que ver con la escena, de una serie según Martín, de una película según Javier. Seba, el tercero que ese día se ha sumado a la caminata, participa sin realizar aportes o comentarios, pero lejos de aburrirse (o agobiarse) parece bastante enganchado y pendiente de la discusión.

La escena en cuestión, según Martín pertenece al último episodio de la serie *Mad Men*, cuando su protagonista, Don Draper, se detiene junto a un cartel que aún está sin terminar al costado de la ruta. En él se llega a leer una frase inconclusa: "The future is...". Don Draper le pregunta al operario que lo está montando cómo termina la frase y el tipo, que está merendando, medio mala onda, le dice que podrá enterarse mañana, cuando el trabajo esté terminado. Javier, en cambio, insiste con que la escena pertenece a una película que se llama *Apóstol Americano* (o algo así, no recuerda bien). Agrega que el actor es Evan McGregor y que, cuando efectivamente vuelve a pasar por allí un tiempo después, el texto está completo y se puede leer "The future is now".

Todavía no han recorrido ni la cuarta parte de los 8 kilómetros que caminan todos los sábados, así que tienen tiempo de extenderse en distintas argumentaciones disputándose la "tenencia" de la escena cada uno para sí. Con ese objetivo fundamentan distintos motivos de pertenencia para uno y otro lado. Intentan agregar contexto. Un contexto medio nebuloso –digámoslo- que en ninguno de los dos casos permite construir mayores certezas. La caminata por un momento se vuelve silenciosa. Seba reconoce que tanto Martín como Javier están escarbando en el fondo de sus memorias un dato que permita inclinar la balanza en uno u otro sentido. Es la primera vez que Seba se suma a estas caminatas y en verdad se siente bien que Martín y Javier compartan con él ese tipo de silencio. Es el tipo de silencio que no resulta incómodo cuando es compartido por personas que se tienen confianza. Está bueno que no se preocupen por cubrir los baches de la conversación.

Es Javier el que parece rendirse primero en esa búsqueda interna y se da cuenta de que han olvidado por completo la presencia de Seba que ahora va mirando su reloj que le permite contar los pasos y esas cosas. Según parece, están caminando a una velocidad de 4,6 kilómetros por hora. No está mal, ya no tienen treinta ni cuarenta años.

¿Y vos, Seba? –Javier intenta sumar al invitado a la charla- ¿Recordás la escena de la que estamos hablando? -no le parece correcta la pregunta y se corrige inmediatamente- Bueno, primero deberíamos –el uso del plural permitió suponer que Javier preguntaba en nombre suyo y de Martín, como si entre ellos existiera un

acuerdo o conexión tácita, invisible para el resto, cuya existencia asoma con este tipo de expresiones- primero deberíamos preguntarte si te gusta ver cine y series.

Sí, sí, me encanta! Mad Men la ví, me gustó mucho, pero no recuerdo esa escena. La película Apóstol Americano mmm... ese nombre no me suena, no creo que la haya visto. Lo raro es que la descripción de un cartel así me resulta sumamente familiar, pero es como si en la sombra de mi recuerdo la hubiera visto en una película de Sorrentino. No sé, tal vez en "La gran belleza" o "La Juventud". Nada que ver, ¿no? Vamos a tener que esperar a llegar. La prohibición de celulares en la caminata está buena pero tiene eso: las discusiones se vuelven más extensas...

¿Más extensas o más ricas? -interrumpió Martín que fue quien promovió la restricción de los celulares, hace ya mucho tiempo, cansado de las interrupciones con notificaciones y llamados que alteraban la paz de las caminatas.-

No, -la respuesta de Seba no sonó a defensa sino a reflexión inocua- más extensas y más ricas. Una cosa no quita la otra. Tal vez cuando lleguemos, si buscamos el origen de la escena en internet, resulte que ambos tienen razón. O que ninguno la tiene-completó-. Como sea, el de los carteles es todo un tema en el cine.

"Tres carteles para un crimen" -Martín pareció dar inicio a una especie al desafío de enunciar películas en las que los carteles tuvieran una presencia destacada.

"Blade Runner" -Javier entendió y aceptó inmediatamente el desafío-

Sí, claro! "Enjoy Coca-Cola", gigante en ese ambiente nocturno cargado de neón y neblina - la larga pausa de Seba tras este comentario dio a entender que no entendió el juego planteado por Javier y Martín. No entendió, o tal vez lo entendió pero no le pareció divertido y no quiso sumarse. O lo entendió, quiso sumarse pero no se le ocurrió un ejemplo para participar. En cualquier caso, fue él quien continuó la conversación.

¿Ustedes siempre vivieron acá? -Seba se había mudado hacía poco tiempo a la ciudad y había conocido a Martín y a Javier en una empresa en la que ellos trabajaban y de la cual él era cliente. Tras una cena que compartieron tras cerrar un trato importante el vínculo comenzó a exceder el ámbito de lo comercial pero para Seba, las vidas de Martín y Javier seguían siendo mundos desconocidos. Unas cuantas reuniones de trabajo, aquella cena que sí tuvo una larga sobremesa, dos partidos de padel a los que fue invitado medio de rebote y esta primera participación en la caminata de los sábados, que para Martín y Javier ya son un ritual, no habían permitido conocer, por ejemplo, esto que estaba preguntando: ¿Siempre vivieron acá?

Martín se hizo cargo de responder por ambos- Sí, bueno... Javier siempre vivió acá, yo nací en La Pampa pero cuando estaba en el Jardín de Infantes mi familia se mudó para acá, así que para mí es como si siempre hubiese vivido acá.

Mejor, ¿no? Digo, que aprovechemos para conocernos un poco más. Ya te estábamos aburriendo con el asunto de los carteles y las películas -las palabras de Javier sonaban a afirmación, no a pregunta- ¿Vos no sos de acá?

Seba sonrió como para sí, sopesando la extensión de una respuesta que podía ser breve y resumida, dejando muchas cuestiones relevantes de lado, o bien volverse extensa y detallada como para ocupar todo el tiempo que quedaba de caminata. La segunda opción le pareció egoísta y muy invasiva. Eligió la opción de la brevedad: en realidad soy de Quenumá, un pueblito de unos 600 habitantes que está en la provincia de Buenos Aires pero bien sobre el oeste, a poco más de 100 kilómetros de Santa Rosa, la capital de La Pampa. Nací ahí pero muy joven me fui y, por mi trabajo, he vivido en distintas ciudades de Buenos Aires y Santa Fé.

¿Quenumá? Ja! ¡Quenumá! -Ni Seba ni Javier entendieron la exclamación, mezcla de sorpresa y alegría de Martín- ¡Qué chico es el mundo! Yo nací en Quemú-Quemú, La Pampa. Si bien nos vinimos para acá cuando yo era muy chico, hace poquito volvimos para el velorio de un tío y en la ruta recuerdo un cartel, en algún cruce, con la indicación de Quenumá. Lo recuerdo porque hice el chiste de decir que nos hubiéramos ahorrado una hora y pico de viaje si en lugar de morir en Quemú-Quemú, el tío Nene hubiera muerto en Quenumá-Quenumá. ¡Qué loco!

Un cartel de Quenumá... -dijo Javier como leyendo entre líneas una coincidencia que no existía- ¡Volvimos a los carteles!

Los próximos metros de caminata transcurrieron en silencio. Javier estaba por preguntar cuál era el gentilicio de los habitantes de Quenumá. Una especulación interior le proponía las opciones “quenumáticos” o “quenuménicos” pero se daba cuenta de que eran un disparate tal vez originado por la musicalidad de las palabras. Desde que se enteró que el gentilicio de los habitantes de Aguascalientes es “termocálidos”, fantasea frecuentemente con la invención de gentilicios con cierta gracia sonora. Se volvió a repetir mentalmente “quenumáticos” y “quenuménicos”. Una pavada. Descartó la pregunta y prefirió volver al tema de los carteles retomando, para hacerlo, una conversación que en realidad no había sido iniciada.

Yo recuerdo -comenzó- que al terminar la secundaria los del otro sexto organizaron una velada... -hizo una pausa para organizar mentalmente su relato-

Ah, claro, porque veníamos hablando de la escuela secundaria -Martín aprovecho la pausa de Javier para clavar su ironía-

Seba mordió una sonrisa tratando que no saliera. No sentía la confianza como participar abiertamente del sarcasmo de Martín.

¡Qué boludo! No quiero hablar de la secundaria, lo que digo tiene que ver con los carteles...

¿Qué es una velada? –Seba intentó superar el momento de la broma y habilitar a Javier a que siguiera con su historia- O sea... ya sé lo que es una velada. Pero qué tipo de velada es la que organiza un sexto año de la secundaria. ¿O le llaman así a lo que yo conozco como baile de egresados?

No, no, -Javier agradeció sin decirlo el pie que le ofrecía Seba- ellos, los del otro sexto le llamaban velada a una suerte de espectáculo de variedades protagonizado por ellos mismos, sus profesores y amigos o allegados que tuvieran algún talento más o menos como para mostrar en público. Para eso alquilaron un cine de barrio e hicieron una función, una única función de la velada. Se ocuparon de darle mucha difusión previa y terminaron vendiendo absolutamente todas las entradas –que no eran baratas- y con lo recaudado, no sé, pagarían el viaje o el baile de egresados...

Y el cartel que no aparece... –acotó Martín como al pasar-

¡Qué hincha pelotas! Ya viene el cartel, ya viene. La velada tenía un animador, un flaco de ese sexto que tenía voz de locutor y estaba vestido con smoking, impecable. Como en la entrega de los Oscar, este flaco...

Ah, los Oscar!! Nos fuimos a la mierda –Martín no dejó pasar el pretencioso paralelismo.

Ok, como en los circos –Javier prefería no perder el hilo de la historia- este flaco, el animador iba dando pie a uno y otro número a partir de un guión risueño que no estaba mal. Pasaron números musicales, recuerdo un flaco con una guitarra que cantó un par de temas de León Gieco, unas minas que bailaron un tema de Madonna, alguien que hizo magia, varios sketch relacionados con la vida escolar, un pibe haciendo algo que hoy se llamaría stand up, creo que hubo alguna pequeña obrita de teatro y, por supuesto, una parte lacrimógena con discursos de alumnos y docentes. Momento cursi, bah. Recuerdo haber salido del Montevideo (el teatro se llamaba Montevideo) con la sensación de que el espectáculo había justificado el valor de la entrada.

Cagamos, se nos acabó la famosa velada y no apareció ni un puto cartel- Seba también pensó esto pero el que lo dijo –obvio- fue Martín.

Ese es el punto, –Javier ignoró totalmente el comentario- no puedo recordar en detalle nada más que al flaco que hacía de animador, más que nada por el contraste de verlo todos los días en la escuela en modo zaparrastro total y de golpe verlo ahí arriba, de smoking, peinado a la gomina y usando esa voz que tenía, no para putear o decir boludeces sino como una especie Antonio Carrizo. El otro recuerdo preciso que conservo, y acá llega al cartel, es que tras el primer número, y antes de que apareciera el flaco este, el animador, antes de eso, de un costado del escenario, ¿de bambalinas se dice? bueno, de ahí, del costado sale otro flaquito de sexto con un cartel al hombro y cruzó todo el ancho del escenario desapareciendo por el otro costado.

¿Cómo las minas en las peleas de box? -Seba se animó a preguntar- ¿Y qué decía el cartel? Primer acto -arriesgó una obviedad-

No, nada.

¿Cómo nada? – no quedó claro si había o no sarcasmo en la voz de Martín- ¿Nos fumamos la historia de la velada esperando un cartel que, cuando finalmente aparece, no dice nada?

No, no apareció al final, yo lo conté al final, pero el cartel apareció después del primer acto de la velada. Es cierto que no decía nada, pero yo pensé que se había tratado de un error del flaco que lo llevaba. Era un cartel de esos cuadrados que la gente sostiene con un palo clavado al medio... como el que usan los yanquis cuando hacen esas manifestaciones de seis o siete personas en las que caminan en círculos por la vereda. ¿Se dan cuenta de qué tipo de cartel hablo?

Sí, claro -coincidieron Martín y Seba-

Yo pensé que con los nervios del evento el flaco lo había puesto del otro lado. La cosa se aclaró, o mejor dicho, se encarajinó más tras el segundo acto, cuando el flaco volvió a cruzar todo el escenario, con el mismo cartel al hombro. Una de dos: o el flaco era muy choto y se volvió a equivocar o, deliberadamente el cartel efectivamente no anunciaba nada. Por supuesto no era un error, tras cada uno de los... no sé, diez o doce números que componían la velada, el flaco cruzó una y otra vez todo el escenario con el cartel que no decía nada. En el público, a todos nos pasó lo mismo, las primeras veces no entendíamos qué pasaba, ya a la tercera, lo estábamos esperando y lo empezamos a aplaudir. Sobre el final, eran ovaciones las que se llevaba el flaco del cartel. Nadie cosechó tantos aplausos como el flaco y su cartel sin mensaje...

Pareció que Javier hacía una pausa para seguir, pero la pausa se extendió y Seba se animó a tomar la palabra.

Tu historia me hace acordar a otro cartel...

¿En Quenumá también organizan veladas? Martín ya se permitía bromear abiertamente con Seba.

No, no, pero sí tiene que ver con Quenumá. Hay una ruta que sale de Quenumá hacia el suroeste. No sé ahora, pero en aquella época –Seba no se preocupa por aclarar los límites de “aquella época”- esa ruta, la ruta 14, era de tierra y sólo unía parajes que ni aparecen en los mapas: Graciarena, Maza, Anchorena, Thompson. No, Thompson, no. Thompson era para el otro lado. Bueno, no importa, la cuestión es que hace una o dos semanas me encontré con un amigo de aquellos pagos, Joaquín. Joaquín, es viajante y me contó que hará cosa dos o tres años, ahí en la ruta 14, a unos 20 kilómetros de Quenumá apareció un cartel de esos que hay en la ruta, esos carteles grandes ...

Sí, sí, tipo Mercantil Andina Seguros –ejemplificó Javier extendiendo ambas manos con un ademán que parecía abarcar un gran cartel imaginario-

Baterías Moura –Martín también quiso aportar un ejemplo -

Exacto –confirmó Seba y siguió- el tema es que esa es una ruta de mierda, perdida y muy poco transitada. A quién se le ocurre plantar ahí un cartel, que seguramente vale una fortuna, para que no lo vea nadie.

Ni Martín ni Javier entendieron el carácter retórico de la pregunta y lo tomaron, más bien como un desafío a resolver.

Cargil o una de esas –arriesgó Martín- se manejan en dólares, capaz que contratan a una agencia de publicidad y se olvidan. La agencia les manda las fotos de los distintos carteles una vez instalados y no les importa mucho dónde están. Están en la pampa argentina, suficiente, mandame la factura y en una semana te mando el cheque.

Sí –aceptó Javier- puede ser de una cerealera o también de una empresa de cosechadoras, ponete John Deere o la otra, cómo es... New Holland. ¿Sabés cuánto cuesta una cosechadora? Con que los tipos vendan una cosechadora, una sola eh, a alguno de los chacareros de la zona, listo, pagan los carteles para toda la Provincia.

No, no, -Seba retomó su relato- no lo adivinarían jamás. A parte, no lo adivinarían porque no se puede adivinar.

Seba comenzó a disfrutar haber logrado tal atención por parte de Javier y Martín. La cara de ellos ante la frase “no se puede adivinar” le hizo ralentizar el desarrollo de la historia y empezar a seleccionar con mayor cuidado las palabras para enriquecer el momento.

Según Joaquín, mi amigo... ojo que esto yo no lo ví, me lo contó Joaquín pero no tiene ningún sentido que se trate de una mentira. Digo, según lo que me dijo Joaquín pusieron un cartel de esos grandes, de unos cinco metros de ancho por tres de alto, con un QR gigante y el texto “Escaneá para + información” Así, con el signo más. No con la palabra, con el signo.

¿Y? - Martín y Javier sabían que la historia recién estaba empezando-

Nada. Nada más que ese QR gigante y “Escaneá para + información”. No había empresa, ni teléfono, ni mail, ni dirección, ni una mierda, nada.

Ok –aceptó Martín- ¿y cuando escaneabas el código, qué?

Ahí está la cosa, en el lugar en el que estaba instalado el cartel, no hay señal de celular, por más que tengas datos, nada. Escaneás el QR del cartel y te queda el circulito ese dando vueltas y vueltas... nada. La gente en Quenumá empezó a

hablar del cartel haciendo distinto tipo de especulaciones. Nadie había podido acceder al sitio al que supuestamente te direccionaba el QR. A parte: ¿Más información? ¿Más información de qué? ¿Más información para qué? En Quenumá había un tipo del Club Alumni, yo lo conocí cuando éramos pibes. A ver... yo me fui de Quenumá a los 19, él debería tener 24 o por ahí 25. Tomás se llamaba, se llama bah, y cuando pasó esto, Tomás tenía el bar del Alumni. Bueno, no importa, eso no tiene nada que ver. Lo que sí importa es que Tomás tenía, bueno, tiene. Tiene un sobrino que trabaja en una empresa de Salliqueló que es la que se dedica a la construcción, ploteado e instalación de los carteles en las rutas de toda la zona. Cuando le preguntaron quién había encargado el cartel, resultó que su empresa no lo había hecho. Muy raro porque no hay tantos carteles para poner en esa zona así que tampoco hay más que una empresa que se dedica a eso. Franco, así se llama este muchacho. Franco, sí. Dicen que Franco fue a ver el cartel del QR y no pudo reconocer nada que le permitiera saber quién lo había hecho. Eso sería lo de menos -dijo Franco- porque el cartel lo pueden hacer en Buenos Aires o en Santa Rosa y traerlo en un camión, lo raro es que nadie pudo saber quién lo había montado. Los pozos y el llenado de hormigón de las bases no puede traerse en un camión, eso lo hace sí o sí gente del lugar. Bueno, nunca se supo de alguien que hubiera trabajado en el montaje de ese cartel. O no era alguien de la zona, porque ahí se conocen todos, o era alguien a quien le habían encargado que no contara nada del asunto. Tal vez les pagaron una plata extra con la condición de que no hablaran. En un momento sospechaban de Mejías, un albañil que más o menos para la fecha en que apareció el cartel se había comprado una máquina hormigonera con un motorcito naftero. Mejías lo negó siempre y es cierto que estuvo levantando un corralón en una chacra que todavía no tenía instalada la luz eléctrica. En fin, nadie pudo rastrear el origen del cartel.

Escuchame... -Javier parecía hablar sin tener ya pensado lo que iba a decir- escuchame una cosita... ¿y los dueños del campo donde pusieron el cartel? Alguien tuvo que autorizar a los dueños del cartel para que lo pongan en su campo, no?

No, -Seba ya tenía respuesta para esa pregunta- eso fue lo primero que averiguaron, imaginate, en un pueblo tan chico... Resulta que el cartel está en un potrero abandonado (sin animales desde hace tiempo) de un tipo que murió hace mucho y el lote está con una sucesión medio enquilombada. O efectivamente quien puso el cartel lo puso sin permiso de nadie o alguno de los parientes que están en la sucesión se hizo el boludo, manoteó una plata por izquierda y, sin firmar nada, autorizó de palabra a los tipos del cartel.

¿Y a nadie se le ocurrió sacarle una foto al cartel para después, en un lugar con señal, ver a donde te redirecciona el QR? -Javier supuso que esa era manera más simple de solucionar el asunto-

Sí, ese fue el desenlace trágico de la historia del cartel. Me contó Joaquín que no había pasado un mes desde la aparición del cartel, cuando el hijo de uno de los

vecinos más queridos del pueblo, Luquitas Ferretti, un pibe de unos 18 o 19 años venía en la Toyota del viejo y se mató al pegarse contra una alcantarilla de la ruta 14. Justo a unos 50 metros más delante de donde está el cartel. Los Bomberos Voluntarios encontraron en su celular una foto del famoso QR. La hora de la foto coincidió con la hora del accidente. Era una foto del QR que salió movida, no hubiera servido para escanear nada.

Como acompañando el clima de la historia de Seba, la caminata se volvió cansina y el ánimo de Martín y Javier perdió el tono relajado del principio.

¿O sea que nunca se supo nada? Martín quiso escurrir la historia de Seba hasta la última gota.

No, algunos dicen que a los pocos días de que colocaron el cartel, un alemán que anda muy raras veces por el pueblo, un tipo que viene a su estancia en avión privado y tiene un teléfono satelital o no sé qué, con cobertura global, dicen que lo escaneó y pudo conectarse con el sitio en cuestión y era una pantalla roja, como las de “Crónica” que tenía un único y breve mensaje. El alemán sólo se maneja en su idioma o en inglés pero dicen que su chofer, que es de acá, pudo leer el mensaje...

¡Dale, boludo! –la intriga creada y cierta deliberada parsimonia de Seba en el ritmo del relato llevó a Martín a incluirlo unilateralmente y de un tirón en su círculo de confianza donde el “boludo” no es insulto.

Según Joaquín, esta parte no está chequeada. No está chequeada pero en Quenumá todos dicen lo mismo, que el QR abría una pantalla de fondo rojo con el mensaje “NO HACE FALTA MÁS INFORMACIÓN”.

¡Wow! muy Black Mirror! –Javier exclamó esto casi sin pensarlo y como en un soplo-

También me contó Joaquín que cuando fue el velorio de Luquitas, que se hizo en el Club Alumni, donde estaba todo pueblo, muchos contaron que vivieron distintas situaciones de riesgo intentando lo que intentó Luquitas. Unos habían parado al costado de la ruta para tomar la foto y un camión les rayó el auto con unos caños de riego que iban sobresaliendo del chasis. A otros los chocaron de atrás cuando bajaron la velocidad para tomar la foto. Ahora no me acuerdo pero Joaquín me contó seis o siete episodios parecidos. Fue por eso que el delegado del pueblo lo mandó a tapar. Nunca nadie reclamó nada ni se hizo cargo del cartel. Creo que todavía sigue pintado todo de negro.

De negro, “Negro muerte” –dramatizó Martín exagerando el clima de la historia.

El cartel de mi historia también me genera un cierto vínculo con la muerte. –Javier dijo esto en voz alta pero sonó como si se lo estuviera diciendo a sí mismo-

¿El cartel de la velada?-Martín en verdad no entendía- ¿Cómo un cartel que no dice nada se relaciona con la muerte?

La actitud de escucha de Seba parecía acompañar la inquietud de Martín

¿Quién dijo que el cartel de la velada no decía nada? -Javier ahora sí sorprendió a los dos-

¡Vos, Boludo. Vos dijiste que no decía nada! -Martín sonaba como suena una persona estafada-

No, señor. Yo no llegué a terminar mi historia cuando Seba comenzó la suya. Y sí, ya sé que fue mucho más interesante que la mía. -Javier dijo esto y siguió sin dar lugar a comentarios, como si estuviera en un trance que es mejor no interrumpir. Seba y Martín comprendieron eso y simplemente escucharon- Siempre, sin saber bien por qué, aquel cartel de la velada me hizo evocar a la muerte. Esta historia del cartel de Seba creo que me permitió entender la conexión. La gente de Quenumá pasó una y otra vez frente al cartel. A la mayoría no le pasó nada, otros tuvieron distintos tipos de accidentes o situaciones difíciles. Al último, a Luquitas -pobre- el cartel lo mató. Con el cartel de la velada sucedió algo parecido. Primero pasó por delante nuestro y no entendíamos nada. Luego nos acostumbramos a que no había nada que entender y simplemente aplaudíamos creyendo que se trataba de un simple e inocente cartel sin mensaje. Cuando se completó el último número de la velada, el flaco del cartel volvió a pasar pero esta vez, caminando un poco más despacio, como cansado. La ovación fue la mayor de la noche, cuando iba por el medio del escenario, sin detener su marcha, giró la empuñadura y pudimos ver la cara del cartel que hasta ahí había ocultado el fatal mensaje. Decía FIN.